

## *ENTREVISTA*



# Álvaro Miranda: la historia de la risa y el miedo

Por Emiro Santos García<sup>1</sup>  
Universidad de Cartagena



El hombre se apoya sobre un bastón. Tiene una barba blanca, casi apostólica, que por momentos hace pensar en la de un pacífico tallista español o en la de un comerciante de reliquias orientales. La santidad de los oficios terrestres – después de todo– se

parece más entre sí que la compartida por los ángeles y los mártires. Nacido en Santa Marta, en 1945, bajo “la frescura intensa de los días que el Caribe hace caer como una catarata de luz sobre la memoria”, Álvaro Miranda es el cronista de la épica americana que recorre los versos de *Indiada* (1971), *Los escritos de don Sancho Jimeno* (1982), y de los naufragios solares de *Simulación de un reino* (2005). Como sus amados poetas –Francisco de Quevedo y Edgar Allan Poe–, Miranda ha escarbado en sus páginas la fina inexistencia de los límites entre la vida y la muerte con *La risa del cuervo* (1984) y *Un cadáver para armar* (2007), obras que han abierto nuevas posibilidades expresivas para la novela histórica colombiana.

***–Hay en sus páginas militares sin cabeza que caminan por el mundo; religiosas que combaten con el demonio y sus pompas; reyes deslenguados y libros todavía no escritos que son leídos en el pasado. Al momento de sentarse ante el papel, ¿cómo experimenta los vínculos entre escritura e imaginación?***

---

<sup>1</sup> Docente del Programa de Lingüística y Literatura de la Universidad de Cartagena. Magíster en Literatura Hispanoamericana y del Caribe de la Universidad del Atlántico (Colombia). E-mail: esaga17@gmail.com

Santa Teresa de Jesús, la monja escritora del Siglo de Oro español (quien escribió *Las moradas*), decía que la imaginación era la loca de la casa. Uno tiene en su cuerpo, que es su morada, una loca, que es la imaginación; y la imaginación aparece en cualquier momento. Ramificar la imaginación es muy difícil. Los sueños y la imaginación son la misma cosa. Por más que uno quiera soñar con algo, esto no aparece como uno lo pensó, sino que ocurre lo que el azar quiere, o lo que uno vivió más intensamente con anterioridad. La imaginación está ligada a cómo uno piensa las cosas que la vida impulsó. Es el caso de la escritura de uno de mis libros, *Indiada*. Estaba leyendo por esos días a Homero. Y había pensado lo que tocaba que decir: “Si hay *Ilíada*, por qué no *Indiada*”.

***-La importancia de las epifanías cotidianas como motivación de la creación artística.***

La literatura es de ocasión. De momentos. Si uno no recoge lo que la imaginación le da, se pierde para toda la eternidad. La poesía es cuestión de momentos. Intensamente ha llegado a uno porque intensamente se ha vivido. Es intensidad. Uno vive no para pensar en la eternidad, sino para vivir en la intensidad. Puede que en un momento dado se tenga una idea, una trama, una historia... Pero después, cuando tienes esa historia, te dices: “Esto me da sólo el título. ¿Cómo lo desarrollo? ¿Cómo le doy argumento?” Tiene uno entonces que sentarse a escribir. Hay escritores que hacen lo que se llama una “escaleta”, un pequeño esquema. Hay otros que, como ocurre en mi caso, imaginamos la totalidad. Porque hemos pensado mucho, porque hemos leído mucho. Porque la hemos tenido como una constante en el pensamiento.

***-El siguiente es un fragmento del título de uno de los poemas de Indiada (1971): “Pasajes de una mujer natural de Mompox, de quien se dice fue obligada a presenciar el asamiento de su hijo en manos del cruel Morales, durante el cerco que Don Pablo Morillo hiciera a la indiana Cartagena de 1816 y según maledicencias de gentes viles, fernandistas y ultramontanas, se la vio morir de una hinchazón progresiva en las piernas [...]”. El texto continúa varias líneas más. Y el lector no llega a estar seguro de si lo que se denomina usualmente “poema” es el “título” o si el poeta sencillamente le ha tomado del pelo... Si el poema está ocurriendo en otro lugar.***

Los culpables de eso son los poetas del Siglo de Oro español. Esos sinvergüenzas –no eran otra cosa–. Malhablados. Don Francisco de Quevedo, que era chueco y jorobado, pero burlón, se reía de

Góngora, que era un poeta mayor que él. Y escribía como Góngora, burlándose de él y de su poesía. Esas historias me gustaban mucho. Porque uno debe ver la poesía y a los poetas sin altares, como seres comunes y corrientes; como cualquiera de nosotros. Todos los días nos levantamos, desayunamos, tenemos mal genio, nos da gripa, nos enfermamos, nos enamoramos, peleamos, nos da neurosis, regañamos a todo el mundo. Y a veces enloquecemos. De modo que al leerlos me decía: “Pero si estos señores escriben así, entonces eso hay que volver a sacarlo. Hay que traerlo de nuevo. ¿Por qué va a pasar de tiempos? El tiempo es muy relativo”.

***–Un tono irónico similar al de Indiada se mantiene en otros de sus poemas y en sus novelas. Pero también encontramos atmósferas tenebrosas, desiertos de pesadilla que parecen provenir de las tradiciones de espantos americanas.***

En el Caribe tenemos una cultura muy oral. Nos gusta contar historias. En mi memoria siguen estando todas las personas que me relataron historias cuando yo era niño. Mi abuelo Pedro era un gran contador de historias. En Galerazamba había un matrimonio con una pequeña finca a la que mi abuelo vendía huevos de gallina. Por la noche me quedaba con ellos –él se llamaba Roberto y ella Adelaida–, y nos sentábamos ante un fogón. Me contaban historias de miedo. De susto. Y es que de los sentimientos humanos no hay nada más cierto y más sincero que el miedo. Porque en el amor todos somos mentirosos. Uno puede decir: “Yo te quiero” y estar enamorando a otra persona. Pero el miedo no. El miedo aparece y los pantalones se mojan.

***–Tal vez viene de ahí el doble origen de la risa y del miedo que hay en su obra. Y –¿por qué no?– el doble nacimiento del poema y la prosa. Ese curioso encuentro del prestigio lírico del Siglo de Oro español y la riqueza del relato popular.***

Que es al fin y al cabo la historia de España. Todo eso está en *La Celestina* y en *El Quijote*. La literatura española fuerte, clásica, siempre trabajó con el relato *antes* del poema. De modo que siempre ha estado ahí la posibilidad de la prosa. Del poema en prosa. ¿En qué momento una cosa es poesía y en qué momento otra es prosa? No lo sabemos. Pero en el trasfondo está el relato. Esa cosa que nos fascina. El relato nos lo están contando desde la cuna. Cuando somos grandes, enamoramos a través del cuento. Después vienen las historias para ascender ante el poder, para lograr trabajo, para decir que uno es tal cosa. Un juego del discurso, del cuento y de la narración para sostenerse en la vida. La vida es tan compleja y la

literatura facilita decirle a todos: “Yo soy un mentiroso y lo que les estoy contando es mentira”. Si el cuento está bien contado, el que escucha, o lee, no cuestionará que sea mentira. Puede llegar incluso a creer que es verdad. Eso es lo interesante del juego de la literatura: poder trabajar con la imaginación y con la ficción pensando que lo que uno está diciendo es verdad. Aunque uno sabe –y el lector lo sabe también– que es un gran mentiroso.

***–A propósito del miedo, La risa del cuervo (1984) establece un diálogo intenso con los relatos de muerte y horror de Edgar Allan Poe. ¿Cómo fue ese primer encuentro con el escritor norteamericano?***

Alguna vez llegó a mis manos la traducción que hizo Julio Cortázar de Edgar Allan Poe. Era un libro de pasta dura blanca publicado por Círculo de Lectores. Yo andaba con ese libro para arriba y para abajo. Me fascinaba. Tal vez porque me recordaba aquellos cuentos que, en medio de la noche, me contaban Roberto y Adelaida. Me recordaba que tenía que regresar a la casa de los tíos, que quedaba como a dos cuadras de distancia, en medio de la oscuridad. Edgar Allan Poe es el gran escritor. Es la novela policiaca. La novela de misterio. Es la novela del *más allá*. Es la novela de la psicología. Entonces, como lo tenía en mis sentimientos, había que hacerle un homenaje a Poe. Un recuento de sus historias.

***–Tal como ocurre en los cuentos de Poe, en La risa del cuervo hay cuerpos descompuestos y ultrajados. Vivos. La cabeza decapitada del general venezolano José Félix Ribas, que va de un lado a otro sin poder descansar, y es sometida a los más variados vejámenes; o los huesos de Manuela Sáenz, arrastrados por las corrientes marinas, y que continúa ardiendo en el deseo de la carne perdida.***

La historia de América es la historia de la locura, sobre todo en el período de la Independencia, que viene muy ligado a la historia de los mismos españoles, que tenían como costumbre adorar los pedazos de cuerpos de los santos. Ellos hacían *Agnus Dei*. Se moría alguien que alguna vez había hecho un milagro –se suponía que era un santo, un beato–, y llegaban corriendo los monjes, con cuchillos, y cortaban un pedacito de dedo, la uña, y los guardaban en un cuerno cerrado con cera de abejas y un pequeño vidrio. Después abrían dos agujeritos en la punta del cuerno y se lo colgaban en el pecho. Si alguien tenía dolor de estómago, se lo ponían en el estómago y pasaba el dolor. Era el “Mejoral” de entonces. Aquellas historias siempre me llamaron mucho la atención, porque el máximo poeta de la lengua castellana, San Juan de la Cruz, fue mutilado; también

Santa Teresa de Jesús. Los monjes del convento de Úbeda, en España, cortaron en pedacitos el cadáver de San Juan de la Cruz y comenzaron a regalarlo, a donarlo, a venderlo a la gente. Pensaban que de ese modo habría un mayor acercamiento a la población. Ese regalo, esa postura de ellos, hizo que desaparecieran los cuerpos de estas dos grande figuras, de San Juan de la Cruz y de Santa Teresa de Jesús. Nadie podría encontrar hoy sus restos porque están repartidos.

***-Una cultura mortuoria, barroca, que celebra la muerte con fascinación y que todavía encontramos en gran parte de América.***

La tradición española nos ha llegado en lo de partir, de desmembrar el cuerpo. Durante las guerras de Independencia se repite esa historia. La historia a muerte de Bolívar y los españoles era acerca de cómo le hago daño al otro, partiéndolo, rompiéndolo, desmembrándolo, para que no exista identidad, para que no haya un cuerpo único y unificado. En una tercera novela que he pensado escribir –que todavía tengo ahí, en salmuera (su título es *Tres monjas y un mismo cielo*)–, hay tres prostitutas que son llamadas “Las monjas”. No eran monjas, sino las encargadas de recibir las historias de aquellos señores que, con motosierra, cortaban a sus víctimas. ¡Fíjese cómo hay una trayectoria del desmembramiento en nuestra historia! En España, con los *Agnus Dei*... La guerra a muerte, en la Independencia. Y las motosierras, en cierto momento de nuestra historia.

***-La risa del cuervo, que se centra en la rotura de los cuerpos, es un libro que fue reescrito tras haber sido publicado originalmente en Buenos Aires por la Universidad de Belgrano. ¿Cómo fue su proceso de concepción y composición? ¿Cómo se fueron materializando aquellas imágenes de muertos padecientes?***

Los descabezados de la historia. Estaba pensando en eso. García Márquez había publicado un texto impresionante sobre un campesino que había logrado sobrevivir saliendo de la finca donde había sido atacado. Casi le habían cortado la totalidad de la cabeza. Él se la sostenía y corría hasta buscar una ciudad en la que lo pudieran atender. Ese texto lo encontré después de haber ido a Buenos Aires –escribí *La risa del cuervo* en Buenos Aires–. Y hay algo que todavía me asusta, y que no cuento con mucha satisfacción y orgullo, pero que es un proceso muy extraño: la literatura tiene que ver mucho con el delirio. Uno no sabe qué fuerzas extrañas están dentro del corazón. En los sentimientos y en los ánimos. Qué sustos. Qué miedos aparecen. Estaba en Buenos Aires y no tenía

posibilidades de supervivencia. Debía conseguir dinero trabajando o escribiendo. Y a pesar de que tenía dos buenos amigos, que eran poetas y trabajaban en la embajada de Colombia, no conseguía trabajo. Alguien me dijo: “¿Por qué no escribís una novela para un concurso?”. “No, es que nunca he escrito novela; yo soy poeta”, dije. “No, es que sos un vagabundo”. Así como hablan los argentinos. Me sentí entonces retado: “Veamos a ver. Hagamos una cosa (yo vivía en la calle Esmeralda, en el centro de Buenos Aires, en un pequeño apartaestudio), te vas para la casa de tu mamá y me dejás a mí solo aquí con una resma de papel y una máquina de escribir”. Y así sucedió. Cuando me quedé solo en el apartamento, me dije: “¡Puchi! ¿qué hago? Tengo que escribir una novela”.

***-Pero el plazo de envío vencía en cinco días...***

Eso fue terrible. Me dije: “¡No, a escribir!” Recuerdo que había un sofá verde y me acosté en él. De pronto di un brinco. Me fui al escritorio, a la máquina de escribir, y exclamé: “¡Pucha!” Allí comenzó a aparecerme el personaje. Por esos días había leído a Tomás Cipriano de Mosquera, quien había sido siete veces presidente de Colombia, y escrito unas historias aburridísimas sobre el genio político y militar de Simón Bolívar. Pero de su libro, publicado por Colcultura y que me había enviado Jun Gustavo Cobo Borda, me impresionó mucho la historia de un personaje que se llamaba José Félix Ribas, tío político de Bolívar, a quien habían decapitado, pese a haber ganado la batalla, porque la persona con quien andaba lo traicionó y entregó su cabeza a las tropas de Morales. Dije: “¡Este es mi personaje!” Había leído por esos días también *Viaje por el Orinoco*, del barón von Humboldt. Un libro precioso. La selva. El Orinoco. Humboldt llega a Cumaná, se hace de una embarcación y se mete por el río para demostrar que el Orinoco no era otra cosa que una vena comunicante con el Amazonas. Esa era la propuesta científica de Humboldt. Pero es también un relato novelesco precioso. Esos dos elementos los tenía frescos en la cabeza. Entonces comencé a escribir sobre Ribas. Y veo que Ribas tiene la cabeza cortada, se la pone bajo el brazo y siente atrás los caballos de Morales, que lo persiguen. Él está escapando para que no lo maten, aunque ya está muerto. Alcanza el río y echa agua sobre la cabeza. Trata de amoldar la cabeza al cuello y las dos partes cortadas no encajan. Lo cuelgan y la cabeza cae al río.

***-Y más adelante está la desventurada historia del cuerpo de Manuelita Sáenz, que hace contrapunto marino con el viaje terrestre de Ribas.***



Manuelita Sáenz, la amante de Bolívar. Esa mujer prodigiosa que para su época hacía mucho escándalo. La casa donde ella vivía la llamaban “Babilonia”, “La casa del pecado”. Las señoras de Bogotá no la soportaban. Pero ella era la Primera Dama. Una Primera Dama con la falda levantada... La veo vieja. Acabada. En Paita. En el Perú. Y hasta allí llega un novelista, Herman Melville, al que sacaron corriendo de Santa Marta (había llegado en un barco y cuando iba a conocer Santa Marta unos ladrones lo persiguieron y tuvo que montarse de nuevo en el barco). Melville llega a Paita y se encuentra con esta señora a la que quería conocer, porque había oído hablar de Simón Bolívar, y la encuentra acabada. Manuelita era muy orgullosa. Había renunciado a la pensión ofrecida por el gobierno colombiano y vendía dulces para sobrevivir. Habla con el visitante y más tarde muere de difteria. En ese tiempo se pensaba que la enfermedad se retransmitía sintiendo la presencia del enfermo y no que era un problema de ratas. La enterraron en una fosa común. Pero en mi novela ella sigue viviendo allí, recordando los permanentes momentos de amor. Le cae encima el cadáver de un marinero y desea fervientemente que se le acerque ese muerto holandés, que era tan bello, y que le acaricie.

***–Una escritura de cinco días febriles en los que el tiempo se hizo tan dúctil como las temporalidades cíclicas, deformadas, con las que está contada su novela.***

Yo me acostaba. Pensaba en esto. Imaginaba esto. Me ganaba el sueño. Dormía una hora. Dos horas... Y al cuarto y quinto día de estar haciendo este ejercicio terminé *La risa del cuervo*. Desde luego quedó como borrador. Entonces llamé a quien me había retado y le dije: “Bueno. Ya acabé esto. Venga a ver”. Y cuando llegó, me dijo: “Vamos a entregarla al concurso”. Pero antes de entrar al sitio en el que había que dejar las copias de la novela, leí las bases nuevamente: *Solamente pueden concursar escritores argentinos o extranjeros que hayan vivido cinco años en el país*. Yo tenía apenas diez días de haber llegado a Argentina. Cambiamos entonces la plica (los datos personales de la novela firmada con seudónimo) y pusimos a concursar a Pedro Vargas, que era el seudónimo que le había puesto a María Dolores Pradera. Me vine a Colombia y un tiempo después María Dolores me llama y me dice por teléfono: “Che, loco. Te tengo una noticia. Te ganaste el Primer Premio en Novela, con *La risa del cuervo*, en la Universidad de Belgrano”. Yo no lo podía creer. Llamé al amigo que tenía en la embajada y le dije: “Mira, me ha pasado esto”. Y él me respondió: “Déjame que yo hablo con Pepe Pezzoni”.

***-Uno de los escritores de la revista Sur, amigo de Borges y Bioy Casares.***

Sí. Y Pezzoni recomendó: “No digan nada; que ella reciba el Premio, porque de lo contrario no le entregan el dinero”. Recuerdo que el dinero era equivalente hoy a la compra de un carro de 30 millones de pesos. Más o menos. Yo decía: “Si me gano esta plata...” María Dolores me llamó y me dijo: “Che, loco. No sé qué hacer. Aquí me llama la prensa. Que le envíe los escritos. Y no tengo ni idea de qué fue lo que escribí”. Era el año 82. No había Internet. Así que se los envié por correo. “Bueno, ¿qué hago con el dinero?” “Mándame el cincuenta por ciento”, le dije. Todavía estoy esperando el cincuenta por ciento. Nunca me llegó.

***-Algunos años después, en 1992, aparece una segunda edición, corregida y firmada, que puede considerarse la primera de La risa del cuervo. Este fue el libro que ganó en 1994 el Premio Gómez Valderrama de Colcultura.***

Cuando llegué a Bogotá tuve la fortuna de conocer a Adriana Grosso, mi esposa. Empezamos a trabajar en una revista de panadería –ella es periodista–, y cuando pasó un año, me dijo: “*La risa del cuervo* es una novela muy importante. ¿Por qué no la publicas?”. Me puse a releerla y a reescribirla, sin perder la estructura fundamental de los temas. Y la novela surgió. Adriana la mandó a imprimir en una imprenta que teníamos, Thomas de Quincey Editores (así le habíamos puesto a nuestra editorial que sacaba revistas de panadería. Ella es una buena panadera. Yo soy un buen panadero). Y comenzó la novela a tener una gran fuerza y a recibir los comentarios de la crítica. Esa es la historia.